

Una Teoría de las Relaciones Entre la Ciencia Social y el Trabajo Social¹

Por Ernest GREENWOOD. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología. Vertida del inglés por Oscar Uribe Villegas.

DE acuerdo con Pollack, la historia de las relaciones entre la ciencia social y el trabajo social práctico, ha sido, en grado considerable de alejamiento, de separación. Hace notar, sin embargo, que en los años recientes se ha producido una inversión de esta tendencia histórica (20).² Podemos corroborar la evaluación de Pollack mediante la siguiente mención de algunos desarrollos sintomáticos de esta inversión. La necesidad de colaboración entre la ciencia social y el trabajo social es un tema que se reitera continuamente en la literatura sobre el trabajo social. Los científicos sociales reciben invitaciones cada vez más frecuentes para que colaboren mediante artículos en las revistas de trabajo social, así como para dictar conferencias o someter ponencias en las reuniones de trabajo social, así como también para participar en investigaciones de trabajo social. Un libro reciente escrito por French es, esencialmente, un llamamiento para la organización de un instituto de investigaciones en el que los trabajadores y los científicos sociales investiguen conjuntamente los problemas que surgen de la práctica del trabajo social (6).

¹ Este artículo es una versión revisada y ampliada de secciones seleccionadas de un trabajo intitulado "Relationships of Science to Problem-Solving Activities" leído ante la Universidad de California en el Coloquio de Ciencia Social de octubre 20 de 1953.

² Los números entre paréntesis se refieren a los rubros bibliográficos numerados del final del artículo.

Un despojo hecho por Young de las ofertas que se encuentran en los prospectos y programas de cursos de las principales escuelas de trabajo social durante las últimas décadas, revela una frecuencia creciente de los cursos destinados a vincular los conceptos de la ciencia social y los del trabajo social (24). Finalmente, hay que considerar el nuevo programa de la Russell Sage Foundation destinado a promover una cooperación más íntima entre las prácticas sociales, y las ciencias sociales, mediante la designación de científicos sociales, para el desempeño de labores consultivas en una gran variedad de proyectos prácticos.

La tendencia que puede dibujarse con base en estos acontecimientos es indudable que habrá de continuarse. Inevitablemente producirá efectos importantes sobre la educación y la práctica del trabajo social. En vista de este desarrollo anticipado, parece apropiado el conceder alguna atención a la relación que actualmente se está desarrollando entre las ciencias sociales y la práctica del trabajo social. El presente trabajo difiere de la mayoría de los restantes relativos al mismo tema en cuanto representa un intento de formulación teórica de la relación ciencia-práctica. Representa una indagación acerca de la lógica subyacente que relaciona entre sí los dos conjuntos de disciplinas. En este respecto, se parece a la monografía de Hoffman acerca del mismo tema (13). Es de desear que otros ensayen, en forma semejante, formulaciones comparables a modo de que la dialéctica resultante de ello pueda producir una sistematización aceptable de la relación ciencia-práctica.

Tal sistematización tendría valor, por lo menos, en dos sentidos aparentes en forma inmediata: *a)* ayudaría a aclarar los papeles recíprocos del científico social y del trabajador social. Tal clarificación dará como resultado una colaboración más eficiente entre ellos, una colaboración inhibida actualmente por las diferencias mal entendidas o escasamente entendidas de los dos grupos en cuanto a funciones, entrenamiento y "modos de pensar"; *b)* por otra parte, tal sistematización tendría valiosos usos pedagógicos dentro del curriculum del trabajo social. Quienes ingresan en las escuelas de trabajo social se reclutan predominantemente entre los no graduados especializados en ciencia social, para quienes el tránsito de la orientación de la ciencia social, a la que es propia del trabajo social, tiene que enfrentarse frecuentemente con considerable confusión. La claridad con la que comprendemos la relación ciencia-práctica, nos habilitará para resolver las preguntas y las dudas de los estudiantes de un modo más efectivo.

La discusión siguiente se divide en tres secciones: *a)* características de las ciencias, incluyendo las ciencias sociales; *b)* características de las

prácticas, con inclusión del trabajo social; c) relación entre trabajo social y ciencias sociales.

La naturaleza de las Ciencias Sociales. Una ciencia puede definirse como un sistema de proposiciones descriptivas acerca de algún aspecto de la naturaleza. Las ciencias sociales difieren de las físicas y biológicas en sus intentos de descripción de la organización suprema de la naturaleza, o sean, las características y los productos de la conducta humana tal y como se producen dentro de configuraciones sociales. Cada una de las ciencias sociales abstrae del complejo conductista total un solo aspecto de diferenciación. De este modo, todas las ciencias sociales estudian los mismos materiales, pero cada una de ellas lo hace desde un marco de referencia distinto. Esta parcialización de la realidad se justifica sobre una base de eficiencia. Puede haber tantas ciencias sociales independientes como referencias distintivas principales puedan tomarse en la contemplación del mundo social.

Las proposiciones descriptivas de cada ciencia —incluyendo las ciencias sociales— poseen un carácter generalizador. Los científicos no se interesan en acontecimientos singulares y completamente únicos de por sí. En cambio, su finalidad consiste en descubrir bajo la cubierta superficial de la diversidad, el hilo de la uniformidad. En torno de una uniformidad que se descubre se construye una clase lógica; en relación con la clase y con su patrón observado se formula una generalización descriptiva. Los científicos se muestran vigilantes frente a las oportunidades que hay de combinar clases comparables dentro de clases más amplias, así como de formular una generalización más amplia y más abstracta que comprenda las generalizaciones discretas previas. De este modo se generan las leyes científicas. Un ejemplo de ello es la ley sociológica según la cual: “Los grupos humanos que se caracterizan por su organización interna y por una permanencia relativa desarrollan eventualmente subculturas propias.” Esta afirmación liga una serie de generalizaciones acerca de los grupos humanos. Las leyes, a su vez, deben conectarse entre sí para producir formulaciones más generales de abstracción superior. Es al través de tal imbricamiento y colocación piramidal de sus generalizaciones como la ciencia social alcanza a formar un sistema de proposiciones interrelacionadas que, con todas sus elaboraciones, ramificaciones y racionalizaciones, constituye el cuerpo de su teoría.

El proceso mental que hemos resumido se designa habitualmente en la literatura técnica como *construcción de modelos teóricos* del mundo

social (10). En otras palabras, las formulaciones de los científicos sociales son sus concepciones acerca del orden que les parece que opera por debajo de la caótica fachada de lo observable. Los científicos tratan constantemente de buscar una aproximación más estrecha de sus modelos teóricos a la realidad que tratan de describir. El proceso es análogo al de adaptación de curvas dentro de la estadística descriptiva en la que la finalidad consiste en encontrar una fórmula que reproduzca desviaciones mínimas con respecto a los puntos reales de la curva representada. La función de la investigación puesta al servicio de la ciencia social consiste en docimar la precisión de sus modelos teóricos a modo de realizar una correlación máxima entre las formulaciones descriptivas y los fenómenos sociales que se describen de este modo.

El proceso indagatorio está constituido por dos componentes: la lógica y la técnica; la lógica precede y sucede a la técnica (10). En la fase inicial del proceso de investigación nos movemos de la formulación teórica que busca ratificación hacia una hipótesis operativa que se prueba o docima ulteriormente. La hipótesis misma es una consecuencia de la teoría, y se llega a ella al través de una cadena deductiva. Cuando deducimos una hipótesis, nos permitimos una predicción a partir de la teoría; implícitamente, estamos diciendo: "Si este modelo teórico es correcto, entonces se observarán tales y tales hechos bajo tales y tales condiciones" (9). La segunda fase consiste en la prueba real de la hipótesis y es primariamente técnica en cuanto a su naturaleza. Ahora construimos o delineamos un esquema de estudio que se adecúe a la hipótesis y nos movemos al través de las etapas requeridas por el diseño. Esto significa que se necesitan hacer observaciones, siempre que sea posible, bajo condiciones experimentales y con medios mensurativos; que se necesitan registrar las observaciones, y que es indispensable sujetar los datos obtenidos de las observaciones a los análisis pertinentes. La interpretación, fase final del proceso de investigación, también es lógica. Aquí lo que hacemos es evaluar el grado de consistencia existente entre los resultados empíricos y la teoría que se examina. Si la prueba de la hipótesis operativa rinde resultados consistentes con la teoría, la última tiene que considerarse como revalidada. Si los resultados son inconsistentes con la teoría, esta última debe de ser reformulada a fin de dar acomodo a la desviación; entonces la nueva formulación se somete de nuevo a una ratificación semejante.

Las operaciones lógicas y técnicas de la investigación deben de ser comunicables de científico a científico, a modo de que el segundo científico pueda verificar el trabajo de su colega. *Hay una tendencia entre*

los trabajadores sociales a establecer una identidad entre investigación científica y técnica y a creer que porque una investigación emplea métodos de observación, medios de registro y manipulaciones estadísticas es ipso facto científica. Las técnicas son de indubitable importancia en cuanto a asegurar el refinamiento y la estandarización de las observaciones. Pero, la observación precisa es sólo uno de dos *desiderata* de la investigación científica en cuanto el otro consiste en la importancia o significación científica. La investigación, para ser científica, debe proceder de un cuerpo de teoría y poder reintegrarse en tal teoría; su *finalidad es siempre probar y extender la teoría científica*. Es este hecho el que imparte a los hallazgos de la investigación científica su carácter acumulativo. Una docena de proyectos separados de investigación que pongan a prueba una docena de hipótesis deducidas de la misma pieza teórica producirán resultados sumables.

En sus esfuerzos para desarrollar la teoría, el científico social no necesita estar, y muy frecuentemente no está preocupado por su aplicabilidad. Subordina los requerimientos utilitarios al requisito indispensable de que sus resultados tengan importancia o significación teórica. La investigación científica, cuyo objeto es el conocimiento por el conocimiento mismo, se designa como investigación "pura" o "básica" y se ha confinado tradicionalmente a los ambientes universitarios. Mientras que el científico en lo personal puede sentirse movido por la curiosidad de saber por saber, la sociedad se ve impulsada a apoyarlo en sus actividades por la fe que tiene en que el conocimiento puro que produce puede resultar eventualmente útil. La historia de la ciencia es una confirmación de que dicha fe es fundada y justificable. Los adelantos tecnológicos más importantes de los tiempos modernos tuvieron su génesis en descubrimientos científicos que originalmente no tuvieron ninguna significación práctica. El descubrimiento del principio de la magnetoelectricidad por Faraday representa un caso clásico al respecto. La historia dice que, cuando se le preguntó qué utilidad tenía su descubrimiento, Faraday respondió: "¿Para qué sirve un recién nacido?" (11).

Hay trabajadores en todas las ciencias sociales que se encuentran menos interesados en la investigación pura y que se preocupan más por las posibilidades de aplicación del conocimiento puro a la solución de problemas que resultan de las interrelaciones humanas. Estos son los científicos sociales que sacan de las universidades los administradores de las organizaciones industriales, comerciales, militares, educativas, de salubridad, de asistencia, etc., para ayudar en la solución de problemas que surgen en estos entornos. Es la investigación aplicada realizada por

estos científicos sociales lo que convierte la teoría de las ciencias sociales en formas y estructuras utilitarias.

Visto idealísticamente, el proceso de conversión puede dividirse como sigue: El científico social, en primer término, intenta clasificar el problema del profesional en cuanto ejemplo de una amplia clase de fenómenos ya identificados y descritos por la ciencia (6). Hecho esto, aplica al problema las generalizaciones que la ciencia ha formulado con respecto a su clase. Estas formulaciones sirven como instrumentos conceptuales para observar el problema en forma intensiva, aislando sus elementos y reordenándolos, a modo de que puedan ser vistos a una nueva luz. Como resultado de ello, comienzan a surgir soluciones alternativas al problema, cada una de las cuales se pone a prueba. En torno a la solución triunfante, se formula una proposición generalizadora que, en lo sucesivo puede servir como guía para la acción siempre que este tipo de problema se presente; se trata de un *principio*. Es ésta la forma en que las leyes científicas se convierten en principios.

A causa del énfasis diferencial de la investigación pura y aplicada, existe una noción muy corriente, según la cual hay dos tipos claramente distintos de ciencias sociales: la ciencia social teórica o pura, por una parte, y la ciencia social aplicada por otra.³ Este punto de vista considerará a la sociología general como ciencia teórica y a la sociología industrial como ciencia social aplicada. La tendencia en la literatura científica consiste en considerar este punto de vista como erróneo (13, 21). El que los científicos de dentro de una misma disciplina trabajen en diferentes ambientes y tengan diferentes objetivos inmediatos no debe oscurecer la unidad tanto de sus métodos como de sus resultados finales. En primer término, los métodos empleados en ambos tipos de investigación científica son idénticos. En ambos casos, la investigación está constituida por operaciones lógicas y técnicas que son comunicables, repetibles y verificables. La finalidad de la investigación aplicada también estriba en la generalización referente a las clases; no preocupa el individuo y sus problemas específicos, sino una clase de problemas. La pregunta implícita de la investigación es siempre: ¿Qué tipo de acción es el indicado en un *tipo* dado de situación si ha de obtenerse un tipo dado de finalidad (21)? Con todo, debe de señalarse que las clases investigadas son más estrechas que en la investigación pura; de éste modo, un sociólogo industrial se interesa en los conflictos industriales más que en el conflicto social en general.

³ El autor sostuvo esta noción por algún tiempo y la expresó en escritos previos. La preocupación reciente por este tema le llevó a alterar su posición anterior.

En segundo término, la investigación aplicada se encuentra relacionada con la teoría justamente en la misma forma en que lo está la investigación pura. En el proceso de aplicación de la teoría científica a la solución de problemas, el investigador aplicado prueba su validez. Si las preposiciones teóricas de la ciencia social son modelos precisos de la realidad social, el investigador debe estar en capacidad para extrapolar con vista a problemas tipo, y de desarrollar principios adecuados para ellos. Un modelo teórico que no puede aplicarse es incorrecto. En caso de que la extrapolación hecha a partir de la teoría falle en cuanto a producir la solución anticipada, esto puede indicar que la teoría requiere una revisión. Y la situación problemática puede proporcionar las pistas que sugieran las líneas mismas al través de las cuales ha de producirse tal revisión. Por otra parte, un caso de que la aplicación de la teoría produzca principios prácticos, se tendrá una corroboración de la teoría, con una fortificación consecuencial del sistema teórico de la ciencia social. Por lo tanto, mientras que el propósito inmediato de la investigación aplicada es el utilitarismo, su resultado final debe consistir en refinar y construir una teoría para la ciencia social.

Más aún, los científicos que realizan investigaciones puras y los que hacen investigaciones aplicadas no sienten que exista entre ellos la división tajante que se supone. Todo científico social que piensa ganarse la vida al través de la investigación aplicada sabe que primeramente debe estar convenientemente entrenado en la teoría fundamental. Un sociólogo industrial es, en primer término y sobre todo, un experto en la organización social como tal, y sólo en segundo término es un experto en la organización industrial. El científico social que realiza investigaciones aplicadas pertenece a las mismas organizaciones profesionales y lee y escribe en las mismas revistas que quienes se empeñan en la investigación pura. En estos días de *tempo* acelerado, los científicos sociales se acercan y se alejan a, y de la universidad y la comunidad, preocupándose en ocasiones con la investigación pura, en tanto que al día siguiente se ocupan de la aplicada. En uno o en otro de estos papeles, consideran que contribuye a un solo y mismo cuerpo de conocimientos. Por tanto, si bien es apropiado distinguir entre investigación social pura o básica e investigación social aplicada, estimula la confusión hablar de una ciencia social pura distinta de una ciencia social aplicada. Una disciplina científica social es una totalidad unitaria, y ambos tipos de investigación no hacen sino alimentarla.

En este punto, el lector puede preguntar muy bien acerca del *status* de los principios de control que se forman a partir de las generalizacio-

nes descriptivas de las ciencias sociales ¿a qué clase de conocimiento pertenecen? Esto nos lleva a nuestro segundo tópico.

Naturaleza del trabajo social. Al iniciar esta sección, el autor debe admitir su perplejidad, producto de la ausencia de un consensus suficiente dentro de la profesión por lo que se refiere a la nomenclatura y a la definición de las actividades realizadas por quienes se denominan trabajadores sociales. Con objeto de garantizar una fácil comunicación entre el que esto escribe y sus lectores, se requiere alguna definición operante de trabajo social. De aquí que se ofrezca la siguiente, configurada sobre la base de la de Bisno: La función del trabajador social consiste en ayudar a la gente a conseguir relaciones que la conduzcan a la satisfacción de sus necesidades personales siguiendo sendas culturalmente definidas, en aquellos casos en que estas relaciones han sido rotas o en aquellos otros en los que hay posibilidades de que esto ocurra, esto se logra: a) creando fuentes y recursos deseables dentro de la sociedad y encauzando los recursos sociales ya existentes y b) mediante el desarrollo dentro de los individuos de las capacidades indispensables para utilizar tales recursos (1).

Esta definición coloca al trabajo social dentro de las tecnologías. El género *tecnología*, comprende todas las disciplinas que tratan de controlar los cambios en las relaciones naturales por el camino o intermedio de diversos procedimientos relativamente estandarizados científicamente fundados. Convencionalmente, se establece una distinción tajante en términos de los materiales con los que se trabaja entre dos especies de este género, o sean, la *ingeniería* y la *práctica*. Los tecnólogos que tratan con materiales no humanos reciben el nombre de “ingenieros”; quienes tratan con seres humanos son denominados “prácticos” a pesar de que a algunos de ellos se les designa ocasionalmente con el nombre de “ingenieros humanos” Los trabajadores sociales constituyen una variedad dentro de esta última especie.

El trabajo social, como las otras prácticas, se refiere a la acción y al cambio y, por lo mismo, se encuentra entre las agencias controladoras de la sociedad. Los trabajadores sociales, en cuanto partidarios del principio de autodeterminación dentro de la relación característica del trabajo social, es probable que se resistan a aceptar esta forma de concebir su profesión. Sin embargo, el hecho puro y simple es que los trabajadores sociales, en virtud de su conocimiento técnico y de la posición sancionada por la sociedad que les es propia, poseen una cierta especie de poder que ejercen con objeto de obtener ciertas finalidades. Esto

pone de relieve el contraste entre las ciencias y las prácticas sociales. La finalidad primordial del científico social consiste en *describir* cuidadosa y precisamente el mundo social; el control es para él una finalidad secundaria. La principal finalidad del practicante estriba en el *control* efectivo de ese mundo, y a esta finalidad se le subordina todo el *comportamiento*. Por lo tanto, mientras que el cuerpo de conocimiento de las ciencias sociales está constituido por leyes de comportamiento, el de una práctica está constituido por una serie de principios de control. Pero el control se ejercita siempre con el fin de obtener una meta; tiene un propósito. De ahí que los principios prácticos, a diferencia de las leyes científicas, impliquen la existencia de metas. De este modo, la conversión de las leyes en principios conlleva la adición de una componente valorativa a lo que es esencialmente un conocimiento libre valorativamente.

En forma ideal, el practicante tiene que actuar en la siguiente forma: se encuentra confrontado con un problema, que es un estado de desequilibrio que requiere de una rectificación. Examina la situación problemática tanto interna como externamente. Sobre la base de los hechos percibidos, capta la situación problemática. Con base en su aprehensión de la misma, prescribe una forma de solución. Toma entonces a su cargo la solución que restablece el equilibrio. Este proceso se designa habitualmente como *diagnóstico* y *tratamiento*. Estos términos se encuentran de moda principalmente en el estudio de casos, pero también resultan descriptivos del trabajo grupal y de los procesos de organización de la comunidad. Como conceptos genéricos, el “diagnóstico” puede definirse como la determinación de un fenómeno mediante una inspección sistemática y el “tratamiento” como la manipulación de ese fenómeno de acuerdo con un plan. Según esto, dichos términos resultan caracterizaciones adecuadas de la definición problemática y de la solución problemática en cuanto actividades del trabajo social. Para comprender la naturaleza del conocimiento propio del trabajo social, es necesario examinar todas las implicaciones de los términos “diagnóstico” y “tratamiento”. Manteniéndonos dentro del tono teórico de este trabajo, estos dos procesos serán discutidos en su calidad de tipos ideales.

Diagnosticar un problema implica el que, sobre la base de ciertos hechos observados dentro de la situación problemática, se le coloque correctamente dentro de una tipología establecida. Una tipología es un esquema clasificatorio en el que cada categoría o tipo representa una constelación distinta de factores o lo que Lazarsfeld y Barton denominan “un atributo compuesto” (17). Una práctica bien desarrollada

tiene a su disposición una tipología destinada al diagnóstico capaz de abarcar toda la variedad de problemas confrontados por esa disciplina. Para cada tipo de diagnóstico se ha formulado una serie de proposiciones generalizadoras, tanto descriptivas como prescriptivas. Las primeras describen las propiedades, el comportamiento, la etiología y el ciclo vital del tipo; las últimas prescriben cuáles son los pasos que deben seguirse a fin de asegurarse de que un problema dado es clasificable dentro de un tipo. Juntas estas proposiciones constituyen los *principios de diagnóstico* de una práctica determinada.

En el proceso de diagnóstico, el practicante emplea los principios correspondientes para descubrir uno tras otro los factores de una situación problemática específica hasta que el compuesto de factores emergentes comienza a encajar en uno de los tipos del esquema clasificatorio. La colección de informaciones descriptivas sobre la base de la tipificación de un problema puede, en algunas de sus fases, delegarse en un personal subprofesional. Esto ocurre cuando los procedimientos de recolección pueden rutinizarse, según ocurre en algunos casos en el ambiente médico, en el que los laboratoristas toman radiografías y muestras sanguíneas. Sin embargo, el paso final consiste en clasificar el problema en una tarea estrictamente profesional, que necesita la interpretación de los datos en términos de un esquema tipológico. Esto requiere un alto grado de habilidad. Quien hace el diagnóstico tiene que ocuparse no sólo de aquellas características del problema dado al través de las cuales es comparable con otros y, por lo mismo, clasificable o asignable a un tipo, sino también su singularidad, o sea, el conjunto de características que le hacen diferir de los restantes de tal tipo. Para conseguir los cambios controlados que desea, debe de conocer ambas cosas.

Una práctica bien desarrollada tiene también a su disposición una tipología de procesos de tratamiento, que se hace más y más elaborada conforme se desarrollan nuevos tipos de tratamiento. Como en el caso de la tipología del diagnóstico, una serie de proposiciones o *principios de tratamientos* ha llegado a formularse para cada uno de los tipos de tratamiento. Estas proposiciones describen operacionalmente los estudios del tratamiento, indican cuando es apropiado, y especifican los criterios preferentemente mensurativos al través de los cuales puede obtenerse el éxito o el fracaso. Las tipologías de diagnóstico y tratamiento se emplean, por supuesto, en forma conjunta por parte del practicante. De este modo, cada clase de descripción de la tipología del diagnóstico contiene implicaciones para un cierto tipo o para ciertos tipos de tratamiento. El practicante emplea, por lo tanto, el tratamiento como la

prueba empírica de su diagnóstico, siendo el éxito el que corrobora el diagnóstico, en tanto que el fracaso lo niega y llega a imponer, de este modo, un nuevo diagnóstico. La estandarización de los procesos de tratamiento, que posibilita su clasificación, no los congela, porque el practicante debe tener flexibilidad suficiente para ajustar el tipo de tratamiento acomodándolo a las propiedades particulares del caso. Esto requiere de un gran dominio de la tipología del tratamiento que es lo que da al practicante avézado una cierta sensibilidad para sus potencialidades de modificación. El tratamiento, como el diagnóstico, puede implicar también ciertos aspectos rutinarios que pueden ser manejados por subprofesionales, pero el enjuiciamiento profesional es esencial para planearlo y dirigirlo.

Las descripciones de las tipologías de diagnóstico y de tratamiento, en todas sus ramificaciones, implicaciones y racionalizaciones, son los *principios de la práctica* y constituyen el cuerpo único de conocimiento de la disciplina. Este cuerpo de conocimiento puede denominarse “teoría práctica”. En términos genéricos, “teoría” es, después de todo, cualquier sistema de proposiciones relativamente abstractas. De ahí que el término describa la colección de principios que guían al práctico. La teoría práctica, debe de distinguirse, con todo, de la teoría científica. La primera —conocimiento tecnológico destinado a controlar el mundo—, está cargada valorativamente; la última, conocimiento científico orientado hacia el entendimiento o comprensión del mundo, es libre valorativamente.

La literatura sobre el trabajo social se refiere en ocasiones al trabajador social, hablando de él como de un “científico social aplicado”. Tal caracterización debe de abandonarse, porque tiende a oscurecer más que aclarar. Quienes se confían en tales referencias, casi invariablemente señalan las semejanzas entre el procedimiento diagnósticoterápico del trabajo social y el método científico. Ahora bien, es innegable que las operaciones del práctico tienen su analogía en las del científico que se desplaza al través del ciclo investigador. De este modo, al aproximarse a la situación problemática, el práctico examina en primer término, rápidamente, el problema que se le presenta y se forma una idea o vislumbra un diagnóstico acerca de su clasificación probable. Esto puede ser considerado como una “teoría de la situación”. En seguida razona pensando que, si su vislumbre es correcto, una inspección más detenida de este problema revelará un cierto número de factores que se encuentran generalmente en tal tipo de problemas; esto es análogo a una hipótesis deducida teóricamente. En seguida, verifica su vislumbre mediante una

observación ulterior de la situación problemática, quizá incluso mediante su manejo al través de un tratamiento tentativo; esto constituye la prueba de la hipótesis. Finalmente, si sus observaciones se producen en la forma anticipada, su diagnóstico se corrobora; esto es análogo a la revalidación o a la ratificación de la teoría dentro del ciclo inquisitivo. Todo esto es innegablemente cierto; sin embargo, aplicarle al practicante el nombre de “científico” (incluso aún cuando se le determine agregándole el adjetivo “aplicado”) vale tanto como sujetar a una distorsión el significado del término.

En primer término, las operaciones del práctico, incluso aunque se orienten científicamente, tienen como meta o resultado no la ampliación del conocimiento científico, sino el control. *A diferencia del científico, el practicante no produce conocimiento que contribuya a la teoría científica. Su éxito depende de la forma hábil en que utiliza lo que ya se conocía.* Incluso en la más científicamente orientada de las prácticas, o sea en la medicina, el práctico típico no es un productor, sino un consumidor de conocimientos científicos. El científico práctico —del que Freud es un ejemplo clásico— o, mejor aún el práctico-científico, es la excepción y no la regla; y, cuando el práctico contribuye a la teoría científica, desempeña en realidad el papel de un científico y no el de un práctico.

Hay una segunda razón por la cual es incorrecto denominar “científico” al práctico. Claro está que está orientado científicamente, pero la orientación no es consistente. Cuando dispone de guías científicas se apoya, por supuesto, en ellas. Pero, cuando dichas guías le faltan, llena las lagunas con su intuición. No suspende la acción y sujeta el enjuiciamiento a un receso hasta el momento en que ha llegado a obtener los cánones de la prueba, en forma análoga a como lo haría el científico en una situación comparable. Al hacer la comparación que apuntamos no tenemos ninguna intención deturpatoria. Después de todo ¿qué otra alternativa le queda al practicante frente a los imperativos de un problema que requiere de una solución inmediata y no de una solución final? La presión social que se ejerce sobre él para obtener una acción relativamente rápida, aún cuando la misma se base en una teoría insuficientemente válida, es algo a lo que toda práctica tiene que enfrentarse. Las precauciones del científico, apropiadas para el laboratorio, resultan un lujo que sólo las personas que no sufren la carga de las responsabilidades propias de la acción pueden permitirse. Para parafrasear a Leighton en caso de que los clientes hubieran de ser tratados por científicos y no por prácticos, es probable que el número de errores

decreciera, pero asimismo es probable que disminuyera el número de clientes tratados (18).

Mientras tratamos del tema de los patrones de trabajo del práctico típico, podemos hacer una breve digresión para mencionar una más de sus características. El contraste entre las finalidades del científico y las del práctico tienen como corolario sus modos contrastantes de pensar. Para el práctico o practicante, el criterio pragmático es la prueba de sus actos; si dichos actos producen los resultados deseados, los mismos quedan justificados. La cadena teórica entre el acto y su producto y entre ambos y el cuerpo más amplio de conocimientos no es de primordial importancia para él. De ahí que cualquier modo de actuar al que se haya llegado intuitivamente, en caso de dar resultados netos, se retenga incluso aunque sus bases sean oscuras. Para el científico social, el criterio pragmático se subordina al de la importancia teórica. Para él, nada resulta claramente entendido sino hasta el momento en que su relación con un cuerpo teórico sistemático ha podido establecerse con seguridad. Estos dos modos contrastantes representan la distinción entre un actuar al través de un proceso de borrón y cuenta nueva o de ensayo y error y empirismo, y un actuar conceptual y científicamente.

Si hubiéramos de tomar lo que actualmente se considera teoría práctica del trabajo social, y lo hubiéramos de sujetar al inventario evocado por Gordon (10), nos encontraríamos con que ha sido construida principalmente en una forma propia de los procedimientos de ensayo y error, de un modo crudamente empírico, en una forma altamente pragmática. La teoría práctica del trabajo social no se ha desarrollado por el camino de una investigación sistemática que convirtiese las leyes de la ciencia social en principios, sino que se fue construyendo por parte de los practicantes del trabajo social que no contaron con el tutelaje de los cánones de la pesquisa científica y que se basaron únicamente en la riqueza de sus vislumbres, así como en la sabiduría derivada de sus experiencias cotidianas en el trabajo. La principal diferencia entre la teoría del trabajo social y la teoría de una práctica más madura como la medicina, por ejemplo, consiste en que la primera tiene una base principalmente *experiential*, en tanto que la última la tiene *experimental*. Los resultados de este desarrollo diferencial son patentes: la medicina posee esquemas refinados y elaborados de clasificación para el diagnóstico y el tratamiento, los cuales imparten a la práctica médica su relativa especificidad y al practicante de la medicina su seguridad relativa, en tanto que el trabajo social carece de esquemas semejantes

que apoyen sus prácticas, sus enjuiciamientos y sus acciones. Por lo tanto, la necesidad primordial del trabajo social en la actualidad consiste en la construcción de tipologías de diagnóstico y de tratamiento, las cuales deberán constituir tres conjuntos separados, correspondientes a cada una de las tres especialidades del trabajo social.

Ahora, si bien es cierto que el trabajo de casos emplea una tipología de los desórdenes de la conducta tomada de la psiquiatría, ésta no constituye una respuesta a la necesidad, porque quienes trabajan con casos no son psiquiatras, y su ocupación principal no es la psicología. Si el trabajo de casos tiene una función única —conforme afirman insistentemente quienes trabajan en este sector— necesita tener sus propias tipologías de diagnóstico y de tratamiento. Este hecho está llegando a ser reconocido finalmente en la literatura (6, 13, 15, 24). Recientemente, Hollis y la escuela de Pittsburgh (14, 4) han hecho ensayos encaminados a clasificar los procedimientos del trabajo de casos, y tales esfuerzos representan primeros pasos en una senda difícil. A menos que —y hasta que— la profesión de trabajador social desarrolle tipologías de sus problemas y procedimientos, sus conceptos seguirán careciendo de definición apropiada, su lenguaje seguirá siendo vago y fluctuante, y sus textos seguirán siendo nebulosos. Conviene ponderar hasta qué grado muchos de los traumas bien conocidos de la educación para el trabajo social son atribuibles a las implicaciones psiquiátricas que tal entretenimiento tiene, así como el grado en que la materia y la instrucción deficientemente estructuradas del propio trabajo social tienen que producir inevitablemente inseguridad en los estudiantes que se forman en dicha disciplina. En la necesidad de emprender la construcción de un sistema, las ciencias sociales pueden serle de valor incalculable al trabajo social. Es al tratamiento de esta relación entre la ciencia social y el trabajo social al que queremos pasar en seguida.

Relación entre Ciencia Social y Trabajo Social. La gran descabildad —vecina de la necesidad— de que el trabajo social utilice los hallazgos de la ciencia social, gana una aceptación cada vez más amplia, pero, la forma y patrón que produciría una utilización máxima de la teoría de la ciencia social por el trabajo social, no ha llegado a formularse de una manera clara. Y, sin embargo, como se desprende de los trabajos de Boehm, esto es básicamente importante como problema dentro de la relación trabajo social —ciencia social—. El método más frecuentemente recomendado para promover la utilización de la ciencia

social consiste en estimular entre los trabajadores sociales una familiaridad muy amplia con la teoría de la ciencia social (5, 19). Específicamente, esto se ha obtenido por varios caminos: introduciendo en los currícula de los trabajadores sociales cursos relativos a la teoría de la ciencia social; estableciendo institutos en los que se reúnen científicos y prácticos sociales y en los que los primeros informan a los segundos de su trabajo; creando boletines destinados a los trabajadores sociales mediante los cuales se informa a los trabajadores sociales de los desarrollos más recientes de la investigación social científica, y colocando a los científicos sociales durante breves periodos de tiempo en las facultades especializadas en el trabajo social. En cuanto estas sugerencias aparecen en forma creciente dentro de la bibliografía del trabajo social, merece que se le dé cierta consideración.

Si bien es deseable familiarizar a los trabajadores sociales con el amplio conocimiento de las ciencias sociales, es muy dudoso el que en esta forma lleguen a producirse efectos significativos en la práctica del trabajo social. En este contexto, vienen a la mente dos elementos inhibitorios. El primero, lo constituye la barrera comunicativa que da lugar a quejas continuas siempre que se trata de la ciencia social entre los trabajadores sociales. Puesto que cada una de las ciencias sociales extrae del complejo conductista total un solo aspecto de diferenciación, cada una de ellas desarrolla su propia forma característica de conceptualizar el mundo, y desarrolla asimismo su propio conjunto de símbolos verbales destinados a la comunicación de sus conceptos. Como resultado de ello, existen tantas terminologías especializadas como ciencias sociales separadas. Esto plantea un tremendo problema comunicativo. La verdad pura y simple es que los practicantes del trabajo social son incapaces de entender el lenguaje de la ciencia social (22, 23). Esperar que el trabajador social se familiarice con las ciencias sociales en grado suficiente como para traducir su contribución potencial a su propia práctica equivale, en efecto, a pedirle que domine una serie de lenguajes (16). ¿Es esto realista? ¿Espera la profesión que el médico medio lea inteligentemente las revistas sobre física teórica, sobre química, sobre fisiología o sobre microbiología?

El segundo elemento de inhibición se refiere a la forma no práctica de la teoría de la ciencia social. Incluso en caso de que los practicantes del trabajo social pudiesen encontrarse en intercambio continuo e íntimo con lo mejor de la teoría de las ciencias sociales, el conocimiento no sería directamente utilizable por ellos. Las formulaciones teóricas de las ciencias sociales son demasiado abstractas como para ser aplicables

directamente a los problemas de la práctica. Deben de convertirse en formas utilizables por el practicante. El programa que consiste en familiarizar al trabajador social con la teoría de la ciencia social descansa enteramente en la capacidad que tenga el practicante, en lo individual, para realizar mentalmente la conversión. Inevitablemente tal conversión será realizada sólo esporádicamente por practicantes aislados, y la transformación de la teoría de la ciencia social en práctica social estará regida por un puro accidente. De hecho, este ha sido el caso (16). En consecuencia, no existe a mano ningún conocimiento confiable que indique en qué forma la teoría de la ciencia social se ha vuelto transferente en forma válida, o el grado en que han sido fructíferas sus aplicaciones a la práctica.

Nuestra postura no debe de interpretarse en el sentido de una oposición frente a los esfuerzos que se hacen con objeto de familiarizar a los trabajadores sociales con los conceptos de la ciencia social. Tal familiaridad puede ser sólo resultado de la alquitarada vigilancia que sobre sí mismo ejerza el practicante. Todo esto será para bien. Lo único que alegamos es que este programa no dará como resultado una utilización máxima de la teoría de la ciencia social; de ahí que hagamos un llamado precautorio en contra de que se tenga una esperanza excesiva frente a la misma.

Nuestra postura está de acuerdo con la de quienes insisten en que la conversión de la teoría de la ciencia social en teoría práctica debe ser empírica y no mental. Estamos de acuerdo con Herzog en el sentido de que un prerrequisito absolutamente indispensable para que los practicantes del trabajo social hagan uso de la teoría de la ciencia social estriba en que se “traduzca a términos visiblemente aplicables al trabajo social” (12). En otras palabras, el método más efectivo para garantizar una utilización máxima de la ciencia social por el trabajo social consiste en emprender una investigación aplicada destinada a convertir las leyes de las ciencias sociales en principios propios de la práctica y, con ello, a demostrarle al trabajador social la utilidad del conocimiento de la ciencia social. De ahí la enorme importancia de los esfuerzos que han merecido el apoyo constante de la Fundación Russell Sage en un cierto número de ambientes educativos y prácticos del trabajo social. La finalidad de estos esfuerzos consiste en determinar deductivamente e inductivamente la contribución potencial de la teoría de la ciencia social a la práctica del trabajo social (7, 20).

Dentro de la misma línea de nuestras formulaciones previas acerca de la naturaleza de la ciencia social y del trabajo social, sugerimos que

la investigación del potencial contributivo de la ciencia social debería de seguirse en dos direcciones:

1. *Construcción de tipologías de diagnóstico y de tratamiento para el trabajo social.* Los problemas que el trabajador social sujeta a diagnóstico y a tratamiento han dado lugar a procedimientos que no son ni descubrimiento ni propiedad única de la profesión de trabajador social. Después de todo, los problemas a los que se enfrentan son especies de fenómenos sociales y de procesos sociales que las ciencias sociales han estado examinando y clasificando desde hace mucho tiempo dentro de sus modalidades genéricas. De ahí que, si hemos de parafrasear a French, la teoría de la ciencia social pueda hacerse que se ocupe de los problemas y procedimientos del trabajo social si se construyen éstos como especímenes pertenecientes a clases más amplias estudiadas por los científicos sociales (6). Si los problemas y procedimientos del trabajo social han de ser analizados intensiva y sistemáticamente a partir del marco de referencia de los esquemas clasificatorios de las ciencias sociales, deberán de llegar a producir eventualmente determinados arreglos tipológicos.

2. *Análisis de las implicaciones valorativas de la teoría del trabajo social.* En cuanto los principios prácticos tienen un propósito y se orientan a la consecución de una finalidad, la clarificación de sus metas se convierte en asunto importante para una disciplina práctica del tipo del trabajo social. En el ambiente del trabajo social convergen un cierto número de intereses —los intereses de los clientes, los de los trabajadores sociales, los del consejo, los de los contribuyentes, los de varios grupos étnicos y socio-económicos—. En tales circunstancias, las finalidades resultan múltiples, conflictivas y confusas. Este hecho hace que la clarificación de las finalidades resulte más imperativa aún. French sugiere que la meta inmediata de las agencias sociales entronca con las metas más generales de la profesión del trabajo social y que ésta, a su vez, emerge de las normas más generales sostenidas por la sociedad como un todo (6). Young señala que, al identificar los problemas sociales y aplicarles alguna solución, el trabajador social basa su enjuiciamiento y sus acciones sobre un cierto número de normas implícitas acerca de lo que se considera como malajustamiento y ajustamiento sociales y que estas normas son inteligibles tan sólo en términos de un marco cultural de referencia (24). En otras palabras, la clasificación de las metas del trabajo social requiere el que se investiguen en términos de la estructura valorativa de la sociedad.

Esto significa nada menos que un análisis institucional del trabajo social con el fin de determinar sus funciones manifiestas y latentes en nuestra cultura. Esta tarea cae dentro del ámbito de la competencia de los científicos sociales.

Una investigación que se emprenda dentro de los lineamientos señalados debe de requerir los esfuerzos conjuntos de los científicos sociales y de los trabajadores sociales. Para los científicos que se empeñen en tal investigación, esto implicará una *investigación de ciencia social aplicada*, en cuanto trata de aplicar la teoría de la ciencia social a los usos prácticos. Para los practicantes, por otra parte, esto representará una *investigación básica de trabajo social*, en cuanto trata de expandir y refinar la teoría práctica. Gordon ha hecho observar que la gran masa de las investigaciones corrientes dentro del campo del trabajo social no llegan a tocar el meollo de trabajo social, o sea, que no llegan a referirse al proceso que es el trabajo social. "Esto", concluye él mismo "equivale a la disyunción entre el conocimiento del trabajo social y la investigación del trabajo social" (10). Es necesario hacer frente a esto: las contribuciones a la teoría del trabajo social resultantes de cuanto se ha gastado en dinero y esfuerzo por parte de los departamentos de investigación de las agencias de bienestar social alcanza un monto insignificante en realidad. El tipo de investigación que proponemos constituiría un apartamiento muy notable de la tendencia prevalente. Representaría el tipo de investigación básica del trabajo social reclamada por Gordon y de este modo tendería a eliminar la separación que él mismo señalaba (10). En efecto, tal investigación es de tal manera básica que debe de preceder a todos y cada uno de los intentos de investigación evaluativa (6). La construcción de clases de diagnóstico y de tratamiento y la clarificación de las metas del tratamiento nos parece que son prerequisites necesarios y lógicos a la construcción de los instrumentos evaluativos.

Existen dos razones por las cuales la investigación colaborativa propugnada aquí deberá de realizarse en un ambiente práctico. Primera: para realizar una investigación sobre el proceso del trabajo social, el científico social debe tener acceso a las operaciones del practicante del trabajo social (6). Segunda: Los problemas de investigación localizados en esta forma pueden ser controlados mejor por los trabajadores sociales. Tal control es muy importante en cuanto impedirá el que los científicos sociales formulen temas de investigación en forma tal que dañe o nulifique su importancia para la práctica del trabajo social (6). Ahora bien, el ambiente de la agencia social típica quizá no sea el sitio ideal para em-

prender investigaciones científicas. Los imperativos de una investigación de alto calibre debe imponer acomodaciones en las rutinas de la agencia que podrían impedir las operaciones de beneficencia. De ahí que sugerimos que las escuelas de trabajo social establezcan programas de servicio comparables a los de los hospitales universitarios y a los de las clínicas de investigación de las escuelas médicas, en los cuales se conceda prioridad a los objetivos de la investigación. El trabajo social ha llegado a institucionalizar tanto sus relaciones con la comunidad como para asegurar el que los programas de servicio de base universitaria no carezcan de clientes. Es claro, por tanto, el que la iniciativa para la organización y el financiamiento de tales programas deberá de originarse en la profesión del trabajo social y que a los científicos sociales deberá de invitárseles con posterioridad.

¿Responderán los científicos sociales a esa invitación? Adivinamos que sí. Durante la última década han soplado nuevos vientos sobre las ciencias sociales. En contraste con sus predecesores, el científico social de hoy se encuentra atraído por los ambientes prácticos y reconoce en tales ambientes la oportunidad de probar o docimar sus modelos teóricos en situaciones vitales. No necesita convencerles de que no exista prueba de la teoría de las ciencias sociales que tenga mayor validez que la consistente en su aplicabilidad a la práctica del trabajo social. Para el científico social el ambiente práctico puede proporcionar el tan deseado equivalente del laboratorio experimental. El estímulo experimental del diseño experimental clásico tiene su análogo en el practicante, cada uno de cuyos actos es, en un cierto sentido, una intervención deliberada en el proceso social normal (6). La experiencia reciente indica que, a cambio de la ayuda recibida, los clientes del trabajo social desean participar como sujetos de investigación siempre y cuando se busque una aproximación apropiada con respecto a ellos (2). Por lo tanto, las dificultades que normalmente encuentran los científicos sociales en cuanto a intentar obtener sujetos de experimentación, se mitigará considerablemente dentro del ambiente del trabajo social. Resultado de ello será el que, en vez de las situaciones ficticias que caracterizan tantos experimentos corrientes en las ciencias sociales, habrá situaciones vitales que podrán reproducirse y variarse con el fin de satisfacer las necesidades experimentales de la investigación. En consecuencia, las ciencias sociales tendrán acceso a nuevas fuentes de datos que contribuirán a la corroboración, modificación y extensión de su teoría.

No pasamos por alto elementos que pueden militar en contra de la

colaboración carente de fricciones entre practicante y científico, debiendo de considerarse entre los más importantes la existencia de subculturas contrastantes entre ciencia y práctica. El entrenamiento de cualquier persona, sea científico o práctico, tiene un alto ingrediente de endoctrinamiento, y los estadios por los que hay que atravesar para llegar a ser un científico o un practicante constituyen un proceso de aculturación al través del cual el neófito adquiere los modos de pensar de su grupo profesional. En consecuencia, los respectivos climas morales de una práctica y de una ciencia varían o difieren entre sí, y de ello surgen impedimentos para la colaboración (8). La guía posible para la manipulación de estos impedimentos y para su remoción puede obtenerse de las experiencias recogidas en aquellas prácticas en las cuales la investigación interdisciplinaria tiene una tradición más larga que en el trabajo social. French estudia ahora los patrones de interrelación desarrollados en la investigación colaborativa por parte de las escuelas profesionales en campos como la educación, la salubridad pública, la administración de negocios y la arquitectura (8). Sus hallazgos finales tendrán importancia al respecto.

El trabajo social desarrollará un cuerpo sólido de teoría práctica sólo al través de este tipo de investigación colaborativa que hemos delineado. Los grandes pasos dados por la medicina llegaron a ser posibles a partir del momento en que la investigación médica arrastró al científico biofísico, no entrenado metódicamente, e hizo que éste llevara a los problemas médicos los conocimientos acumulados por su ciencia. El aspecto significativo de los informes corrientes sobre descubrimientos médicos recientes se encuentra en la contribución crucial que han hecho a ellas los fisiólogos, los bioquímicos, los físicos y los bacteriólogos. Si ha de sacarse alguna moraleja de todo ello, esta es que los esfuerzos que hagan los trabajadores sociales con el objeto de refinar su teoría práctica tendrán frutos muy raquíuticos, si es que ignoran las ciencias sociales. En este respecto, la medicina puede considerarse como un modelo apropiado con el que el trabajo social puede identificarse provechosamente.

BIBLIOGRAFIA

1. Bisno, Herbert. *The Philosophy of Social Work*, Chapter I. Washington, D. C.: Public Affrais Press, 1952.
2. Blenkner, Margaret. "Obstacles to Evaluative Research in Casework", *Social Casework*, XXXI (1950), 54-60 and 97-105.

3. Boehm, Werner W. "Social Work and the Social Sciences: A Theoretical Note", *Journal of Psychiatric Social Work*, XXI (September, 1951), 4-8.
4. Cockerill, Eleanor E., Lehrman, Louis J., Sacks, Patricia, and Stamm, Isabel. "A conceptual Framework for Social Casework: A Suggestive Outline." Pittsburgh: School of Social Work, University of Pittsburgh, 1952 (mimeographed).
5. Coyle, Grace L. "New Insights Available to the Social Worker from the Social Sciences", *Social Service Review*, XXVI (September, 1952), 289-304.
6. French, David G. *An Approach to Measuring Results in Social Work*. New York: Columbia University Press, 1952.
7. French, David G. Memorandum on the "Faculty Seminar on the Research Basis of Welfare Practice: A Project Sponsored by the Russell Sage Foundation in Cooperation with the School of Social Work and the Department of Sociology, University of Michigan." October, 1952 (mimeographed).
8. ———. Memorandum on the "Survey of Research Policies, Organization, and Activities in the Professional Schools." University of Michigan, January, 1954 (hctographed).
9. Goode, William J., and Hatt, Paul K. *Methods in Social Research*, Chapter II. New York: McGraw-Hill Book Co., 1952.
10. Gordon, William E. *Toward Basic Research in Social Work*. St. Louis: George Warren Brown School of Social Work, 1951.
11. Grundfest, Harry. "Does Private Industry Threaten Freedom of Scientific Research? A Symposium." In Nathanson, Jerome (ed.), *Science for Democracy: Report of the Conference on the Scientific Spirit and the Democratic Faith*. New York: King's Crown Press, 1946.
12. Herzog, Elizabeth. "What Social Casework Wants of Social Science Research", *American Sociological Review*, XVI (February, 1951), 68-73.
13. Hoffman, Isaac L. *Toward a Logic for Social Work Research*. St. Paul: Amherst H. Wilder Charity, 1952.
14. Hollis, Florence. "The Techniques of Casework". In Kasius, Cora (ed.), *Principles and Techniques in Social Casework*, pp. 412-26. New York: Family Service Association of America, 1950.
15. Hutn, J. McV. "Toward an Integrated Program of Research on Psychotherapy", *Journal of Consulting Psychology*, XVI (August, 1952), 237-46.
16. Kahn, Alfred J. "The Nature of Social Work Knowledge." In Kasius, Cora (ed.), *New Directions in Social Work*, Chapter XI. New York: Harper and Bros., 1954.
17. Lazarsfeld, Paul F., and Barton, Allen H. "Qualitative Measurement in the Social Sciences: Classification, Typologies, and Indices." In Lerner, Daniel, and Lasswell, Harold D. (eds.), *The Policy Sciences: Recent Developments in Scope and Method*. Stanford, California: Stanford University Press, 1951.
18. Leighten, Alexander H. *Human Relations in a Changing World*. New York: E. P. Dutton and Co., 1949.
19. Maas, Henry S. "Collaboration between Social Work and the Social Sciences", *Social Work Journal*, XXXI (July, 1950), 104-9.

20. Pollak, Otto. "Relationship between Social Science and Child Guidance Practice", *American Sociological Review*. XVI (February, 1951), 61-67.
21. Rose, Arnold M. "The Selection of Problems for Research", *American Journal of Sociology*, LIV (November, 1948), 219-27.
22. "Social Work Research: Whose Job Is It?" ("Special Report Series", No. 23.) Los Angeles, California: Research Department, Welfare Council of Metropolitan Los Angeles, 1950 (mimeographed).
23. Trecker, Harleigh, in "Social Sciences and Social Work." ("Special Report Series", No. 28). Los Angeles, California: Research Department, Welfare Council of Metropolitan. Los Angeles, 1951 (mimeographed).
24. Young, Kimball. "Social Psychology and Social Casework", *American Sociological Review*, XVI (February, 1951), 54-61.